

LIBROS

El teatro español del siglo XX

Desde 1971, en que apareció la primera edición, en Alianza, de la "Historia del teatro español, siglo XX" —que correspondía al segundo volumen de la historia general, concebida en dos—, el nombre de Francisco Ruiz Ramón ocupa un destacado lugar en la bibliografía de nuestra crítica teatral. Ahora, con la publicación (en cátedra) de una nueva y muy ampliada edición de aquel volumen, el valor de su tarea se reafirma. Son —somos— bastantes los que hemos alcanzado a sistematizar nuestros juicios sobre este o aquel autor, esta o aquella obra o fenómeno del moderno teatro español, pero abordar toda la producción del siglo XX, desde Benavente a Noya o Romero Esteo, desde "El nido ajeno" a nuestros grupos independientes, es tarea que, en los términos planteados por Ruiz Ramón, nadie había acometido.

Cabría pensar que la residencia de Ruiz Ramón en los Estados Unidos —actualmente es jefe de Departamento en la Universidad de Purdue— constituye una limitación para su obra, dada la "verificación pública", la "proximidad", que el teatro necesita. Así sería, en efecto, si no se dieran varios factores: uno, que el propio Ruiz Ramón es consciente del problema y tiene buen cuidado de establecer la base textual de su juicio; otro, que, dadas las enrarecidas circunstancias de la vida española contemporánea, esa lejanía no deja de ofrecer algunas compensaciones para poder estimar un texto fuera de su coyuntura inmediata, y, tercero, que buena parte del teatro español contemporáneo está sin estrenar, lo que implica que muchos andamos igualmente a tientas en ese punto.

Andrés Franco —otro hispanista seriamente interesado en el teatro español contemporáneo— me decía que quienes estamos "metidos" en el teatro de cada día, formando parte de él incluso como críticos, creamos un material de primera mano con el que luego podrá operar serena y metodológicamente un ensayismo

más distanciado. Creo que Ruiz Ramón ilustra con exactitud esa teoría. Puesto que estudia siempre los textos dramáticos en el marco de cuanto se escribió sobre ellos y de sus circunstancias históricas, con lo que su obra alcanza el valor de una sistematización comprometida del fenómeno teatral. Sistematización, por la presencia de esa laboriosa metodología a que antes me refería: Y comprometida porque, naturalmente, Ruiz Ramón no se limita a ordenar indiscriminadamente los juicios de los demás, sino que los incluye dentro de su propia y rica interpretación del teatro español, obligada, por la misma naturaleza social del arte dramático, a tomar partido entre las alternativas propuestas, a asentarse, en fin, en una determinada perspectiva crítica. ¿Y cuál es esa perspectiva? Dado el espacio lógicamente reducido de estas críticas de libros, es imposible aludir a lo que Ruiz Ramón formula acerca de los autores fundamentales examinados. Pero sí cabe decir que cita con frecuencia los materiales de "Primer Acto", que se solicitó y leyó muchas de las obras mecanografiadas de nuestros autores prohibidos, que estudia a Buero y a Sastre con la misma atención y que, a menudo, se rebela contra todo lo que se ha opuesto al desarrollo y manifestación de una dramaturgia crítica, con lo cual quizá tendremos la línea maestra de su actitud. Dice en el prólogo a esta segunda edición: "El teatro español del siglo XX, cuya historia hemos intentado trazar aquí, se nos aparece como un cuerpo aquejado de una curiosa y terrible enfermedad: la del desdoblamiento. Enfermedad que es fiel reflejo de un estado de dicotomía permanente de la sociedad para o contra la que se escribe. Esa sociedad, como un monstruo de dos cabezas, parece haber fundado su existencia en el empeño suicida de enfrentar, disociándolas, su realidad y su apariencia, inventando máscara tras máscara que oculte la primera e imponga la segunda como si ésta fuera aquella".

Pienso yo que, en efecto, esa es una buena perspectiva para ordenar los diversos materiales. Resume, perfectamente, la razón última de nuestras batallas teatrales, por muy estéticas que fueran a veces las alegaciones. Porque, bien mirado, aquí no se ha planteado la evolución de las formas dramáticas como una simple búsqueda —eso que, en las historias del arte, se reduce didácticamente a los distintos is-

mos— de nuevos núcleos o veladas intuiciones, de lo real, sino, ante todo, como una pugna social entre quienes estaban por esa investigación y quienes, a menudo desde el poder político, se confabulaban para detenerla. Es decir, para evitar que el teatro pudiera cumplir una función social dinamizadora.

El análisis de Ruiz Ramón procura adentrarse en la significación de los distintos dramaturgos en ese juego de la revelación y del enmascaramiento. Se asoma hasta nuestros Teatros Independientes y contempla hechos, tan polémicos en su día, como el Festival Cero de San Sebastián. Cita —y en este sentido considero ejemplar, frente a las habituales "apropiaciones", su cuidado en precisar el origen de los materiales— numerosos textos extradramáticos que estima significativos. Procura, en fin, establecer el alcance político de la actitud del dramaturgo. Sin que eso le lleve tampoco, como muy bien dice, "a identificar, como si fueran conceptos intercambiables, testimonio de la realidad o vocación de verdad con valor dramático o calidad estética". Precisión ésta importante para reafirmar que no estamos ante ningún libro paternalista y que el respeto por la actitud ética de un autor es perfectamente compatible con la crítica no siempre favorable de su obra. De ello hay numerosos ejemplos en el libro.

Es seguro que nuevos trabajos se enfrentarán con determinadas posiciones de Ruiz Ramón. Si vienen de la derecha, supongo que el enfrentamiento será global (a Juan Ignacio Luca de Tena le dedica dos páginas, y a Sastre, 35); si de la izquierda, incorporando las discrepancias ya habituales, nuevos enfoques metodológicos y los datos que, por posteriores, modifiquen los pronunciamientos de Ruiz Ramón. Aunque —y de eso sí estoy seguro— nadie que se plantee una historia del moderno teatro español podrá prescindir de este documentado, serio y progresista trabajo. ■ JOSE MONLEON.

Juan XXIII, un ejemplo a recordar

Una nueva colección, de excelente presentación didáctica, titulada "Caminos abiertos", acaba de aparecer. Los más grandes personajes de la Historia que supieron abrir camino en los cam-

pos humanos de la cultura, la investigación, la ciencia o la política son biografiados en estos libros de doscientas escasas páginas, y que comienzan con gran acierto por la figura de Juan XXIII (1).

¿Qué rutas abrió este Papa campesino, elegido como hombre de transición por un acuerdo de cardenales, que creyeron sólo salir del paso con él?

Los más importantes pasos y perspectivas dados por la Iglesia desde el siglo XVI para acá.

En nuestros años de infancia y juventud volaban, como modelos eclesiásticos por nuestra imaginación, la rígida figura tan poco comprensiva de San Pío V, el fautor del malhadado Concilio de Trento, que dividió definitiva-



Juan XXIII.

mente a la cristiandad. O el antiliberal Pío IX, que, en el siglo pasado, se olvidó por completo de la injusta situación social del obrero en el mundo industrial que emergía, y sólo se preocupó de fortificar su autoridad, proclamando el absolutismo representado por una concepción autocrática de la infabilidad pontificia. O el aristocrático León XIII, que, con cuentagotas, daba paso al paternalismo social como ingenua solución a los problemas económico-sociales de la revolución industrial. O el anticomunismo —excesivamente exagerado por sus comentaristas— de Pío XI, y el centralismo personalista de Pío XII, con su ascética figura de gran señor.

Pero llegó Juan XXIII, como resultado de una entente entre cardenales enfrentados por dos tendencias irreconciliables, y asombró al mundo de la Curia y de la sociedad humana, por la valentía con que proclamó un Concilio moderno y moderniza-

(1) Feliciano Blázquez, Juan XXIII, Ed. Hernando, Madrid.